

Capítulo XVI. Procesamiento práctico de la convivencia

XVI - 1. Abordaje del tema a partir de la historia.

Para acometer con acierto el tema, ya en puertas, del origen y surgimiento y alcance de la autoridad política y la obligatoriedad de sus leyes, conviene antes asegurar el carácter inmovible de las bases naturales de donde proceden tales entidades y explicar la noción misma de proceso.

Es muy común en quien busca los orígenes de la convivencia política remontarse en la historia del derecho positivo, hacer pie con especial énfasis en los códigos más primitivos y a partir de ellos rastrear la trayectoria de ese ζων πολιτικον, de ese animal político que es el hombre, que desde sus organizaciones sociales rudimentarias regidas por una autoridad designada por procedimientos consuetudinarios, a la vez padre, tirano y sumo sacerdote, ha llegado hasta convertirse en el actual ciudadano de una Democracia que tiende con pujanza a ser universal, presuntamente inmunizado por un complicado tinglado de leyes contra cualquier pretensión -surgida de niveles superiores por altos y fuertes que fueren- de menoscabar sus derechos fundamentales o no.

La descrita es, ciertamente, una investigación interesante en sí y por sus resultados. Es una investigación histórica y no expresamente filosófica. Pero no por ello carece del todo de esta dimensión. El hombre y las cosas actúan generalmente desde y según lo que son, aunque no siempre quieran manifestarlo expresamente. Con lo cual el ser del hombre queda patente en su actuación y si ésta es histórica, es decir, larga y variada, manifestará a quien sepa contemplarla con perspicacia la cualidad intrínseca de las acciones que la tejen. Y no tardará en descubrir si esa cualidad está cifrada en la fidelidad a la naturaleza o no lo está, terminando así por ser profundamente filosófico un estudio que había empezado por ser meramente histórico.

No obstante hay que confesar que el afrontar preferentemente desde la historia un tema tan llamativamente dependiente de las esencias de las cosas se acopla bien con un estilo de pensar, como es muy abundantemente el actual, que no cree que exista una esencia en el hombre.

XVI – 2. El tema ante la filosofía negadora de la esencia.

Esta filosofía (o negación de ella) supone que los seres humanos no lo somos con verdad y autenticidad, no somos genuinamente hombres nunca, ni siquiera en los últimos estadios de nuestra

evolución. Esta nunca cristaliza en una esencia, ni de hombre, ni de ninguna otra cosa. Es significativa la frase de Bergson:

“Materia o espíritu, la realidad se nos aparece como un perpetuo devenir. Se hace y se deshace, pero de hecho no es jamás”.¹

Es decir que ni siquiera es válida la fórmula: “todo está en movimiento constante”; porque el “todo” está referido al sujeto que se mueve, indicando con ello que al menos ese sujeto es. La pretensión extrema del evolucionismo es la existencia de un movimiento constante sin nada que se mueva.

Y el pontífice máximo del evolucionismo, Teilhard de Chardin dice con su estilo atractivo y hasta seductor:

*“En verdad dudo que exista para el ser pensante momento más decisivo que cuando cayendo de sus ojos las escamas, descubre que no es un elemento perdido en las soledades cósmicas, sino que es una voluntad de vivir universal que converge y se hominiza en él”*²

Inútil buscarle asidero a la frase. Los ojos, invitados por su redacción, recaen en la palabra voluntad como núcleo predicativo. Y cuando uno cree haber asegurado bien sus pies en término tan sólido le levanta por los aires la ventolera abstracta de un “vivir universal convergente y hominizado”, que, por si no fuera suficientemente inasible, todavía pretende ser el apoyo del término “voluntad”, al que, sin embargo, la sintaxis del párrafo parece que considera el apoyo de la frase entera.

Con lo cual dejamos de hacer pie en dicho término y nos encontramos apoyados en el aire.

XVI – 3. La convivencia del hombre sin esencia.

Para el evolucionismo también el hombre es (no solo está en) puro cambio y no tiene ninguna esencia inmutable. La convivencia, por lo tanto no tiene espejo donde mirarse y carece de norma de progreso. Con lo cual la sociedad sigue su camino a ciegas y está abocada a caer en poder de la voluntad de dominio del primer tirano que surja: a no ser que acierte a entregarse a la voluntad de la mayoría, que, por ser numerosa puede contar en su seno con muchas personas sabedoras de su esencia y naturaleza y provistas, por lo tanto, de espejo y norma de progreso.

Pero dejado a sus posibilidades, el hombre sin esencia produce una convivencia dirigida exclusivamente al progreso técnico y económico. En la práctica aspira solo a gozar y dominar. La fuente de inspiración de su acción brota del deseo de placeres y de la pasión de dominio.

Estos dos factores, afán de placeres y pasión de dominio constituyen toda la sustancialidad del hombre sin esencia. Con lo cual es radicalmente impaciente. Como por su existencialismo ha renunciado

¹ (La evolución creadora IV, 672)

² El fenómeno humano. Prólogo

al “soy”, carece del respeto al flujo temporal que es la distensión del soy en sus tres momentos esenciales: pasado, presente y futuro. En su ambición de actualidad está constantemente acuciado por el ahora. Carece de respeto a los procesos interiores del hombre y de las cosas.

XVI – 4. Proceso y tiempo.

El proceso indica una acción continuada. Es el desarrollo paulatino y continuo propio del hacerse de las cosas materiales, en resumen, el desarrollo temporal. Estamos tocando las raíces del tiempo físico, que, según la mentalidad aristotélico-escolástica, no es sino la sucesión ordenada del antes y el después en el proceso del hacerse material, de una transformación material.

XVI – 5. Tiempo y vida.

Tiempo y vida son las dos grandes dimensiones de la historia de la Humanidad. La vida es el punto de partida, la posición o tesis por excelencia, el supuesto universal de todo lo que en el mundo acontece. Desde que hay vida en el universo todo lo que participa de ella está destinado a vivir y lograrse viviendo. De tal forma que la muerte es el fracaso absoluto.

Y en particular el ser humano cuenta también como punto de partida no con un abanico estático de posibilidades de realizarse, sino con la tensión de una vida en ebullición, una vida multiforme porque abarca el nivel vegetativo, el sensitivo y el racional. Adán no conoció más momento de quietud que el previo al momento en que Yahwéh le infundió el soplo de la vida, es decir, cuando no era más que una figura inerte de barro. En cuanto Yahwéh le infundió el alma, en ese mismo instante comenzó para Adán la serie ininterrumpida de tensiones e inquietudes, que para él y para todos sus hijos fue, es y será la vida en la tierra.

¿Qué otra cosa sabe de por sí una facultad vital sino emitir vida? Dios creador cuando dota a otro ser con el don de la vida suscita en él un incendio inextinguible semejante al que El mismo es. Dios no es fuego recibido de fuera de El, de no sabemos qué regiones o agentes externos a El. Dios es fuego infinito que brota perpetuamente de sí mismo. Semejantemente, la vida que Dios nos regala es también como un fuego; pero no el fuego con que se prende un matorral, que no es capaz de mantenerse a sí mismo; sino un fuego, de origen externo, por supuesto, pero dotado de la capacidad de emitirse a sí mismo constantemente desde sí mismo.

XVI – 6. Qué es la vida.

Que eso es la vida: la capacidad de vivir desde sí mismo, la capacidad de operar desde sí mismo. Un ser dotado de esta capacidad, si no tuviera más condicionamientos, operaría con solo ser y estar dotado de facultades operativas. De tal forma que caso de que ese su ser fuera consciente de sí mismo y percibiera, por lo tanto, su capacidad de hacer brotar su operación desde sí mismo, experimentaría una plenitud de vida y poder que le llenaría de gozo.³ O de apresuramiento, que surgiría si quisiera hacerse dueño de la vida que le ha sido dada y violentar su ritmo.

Aquí es donde entra en escena el tiempo para humanizar la vida y atemperar la ambición.

XVI – 7. El tiempo procesa.

Lo específico del proceso es su reducción a momentos sucesivos ordenables según un ritmo regular y un antes y después. Tal es el carácter temporal del proceso.

Pues bien, la temporalidad como contrapunto de la vida consiste en que todas las manifestaciones de ella dentro del ámbito intraterrenal (prescindimos del angélico y del ultraterrenal) tienen a la materia y sus operaciones bien como su componente esencial, bien como su condición de funcionamiento, y que por consiguiente, todas ellas participan en uno u otro grado del carácter procesual y temporal de la actividad material.

XVI – 8. Procesamiento en los tres niveles de vida.

Este carácter resulta palmario si consideramos cómo tenemos montada nuestra vida para que en ella quepan con holgura las manifestaciones habituales de los tres niveles: vegetativo, sensitivo y racional: ¡qué dispendio de cosas materiales, que exigen su espacio! ¡Qué dispendio de espacio sin cosas y qué dispendio de tiempo!. No solo procesamos lo que lo exige por su naturaleza, como es la vida vegetativa y la sensitiva, sino la mayor parte de la vida racional. El ritual de la comida, largo, estudiado, parcelado y reglamentado, puede servir de ejemplo de procesamiento de la vida vegetativa. La contemplación detallada de un paisaje amplio, recorriendo la vista lentamente por toda su extensión, es

³ Permitaseme rastrear aquí la alegría que invade a la vegetación cuando puede sin trabas desarrollar su vida. No caigamos en exageración, atribuyendo conciencia y sensaciones a las plantas; pero reconozcamos que la alegría de vivir que experimentaría la vegetación si tuviera conciencia tiene una base real. No es el mismo el estado interno del bosque antes del incendio que después de él. El fuego le ha arrebatado algo real. Es una alegría real la que proporcióna al bosque su vida vegetativa, que, por la intercomunidad de toda vida, repercute en las demás criaturas contribuyendo a su bienestar.

ejemplo de procesamiento de la vida sensorial. Bien que en estos dos primeros casos habría que hablar más bien de reprocesamiento, porque ambas formas de vida, por no superar el nivel orgánico y material, se desarrollan, ya en su espontaneidad natural, de forma procesada en el espacio y el tiempo

Y por fin, si pensamos en el acopio de cosas, espacio y tiempo que necesita el estudio, que es una operación eminentemente espiritual, entenderemos mejor en qué puede consistir un procesamiento de la vida del espíritu: el espíritu es el principal protagonista (no el único) de la actividad de estudiar.

En nuestra vida personal la temporalidad, como vemos, reina triunfante. No obstante, también hay que decir que cuanto más presentes estén en nuestra actividad el entendimiento y la voluntad –que de suyo son facultades espirituales- tanto más tenue es su temporalidad y su espacialidad, aunque nunca desaparecen del todo. Nunca en la vida humana ordinaria son puramente espirituales las operaciones pretendidamente espirituales. En mayor o menor medida están condicionadas por la imaginación o influidas por el sentimiento, que son manifestaciones vitales de carácter orgánico y, por lo tanto, material y procesable.

XVI - 9. La libertad, árbitro del procesamiento.

No lo es, sin embargo, la inclinación libre de la voluntad cuando se decide por alguna de las opciones que están a su mano. Es decir, el momento preciso en que la voluntad libre se inclina hacia lo elegido es un momento improcesable. Está por encima de la materia y el tiempo con todas sus leyes y procesos. Es el momento en que el espíritu encarnado que es el hombre queda liberado de todo sometimiento a la carne y entra en el dominio de sí mismo y adquiere con ello legitimidad para fijar autorizadamente con su opción el sentido y límites de los procesos, y a través de ellos, regular el curso externo la vida, tanto personal como comunitaria.⁴

Los procesos, tanto los de la vida personal como los de la comunitaria, sea el que sea el nivel a que se desarrollan, necesitan ser seleccionados y regulados, o con otros términos, dirigidos, administrados, ordenados. Esta ordenación corre a cargo de la facultad ordenadora por excelencia, que es la voluntad libre de aquel a quien pertenezca el proceso: la persona particular, si es individual, o la autoridad pública correspondiente, si es comunitario.

En consecuencia, es la decisión libre de la instancia competente en cada caso quien sanciona la última forma de los procesos en que se resuelve la vida humana en la tierra.

⁴ Nota bene. Nos estamos refiriendo al momento mismo en que se realiza la libertad de elección, distinguiéndolo bien del complejo ejercicio que tiene que practicar el alma para que la voluntad acabe de tomar su decisión. El alma, en el ejercicio de su potencia volitiva dista mucho de ser improcesable. Basta con considerar lo larga que es a veces la maduración de una decisión. Contrástese, sin embargo, este largo proceso con la simplicidad del momento mismo de la elección que lo corona, y se entenderá bien lo que queremos decir.

Decimos que “sanciona” y no “da” para enfatizar la sacralidad que adquiere el proceso, en cuanto ha recaído sobre él la elección libre de la instancia competente. Aunque ésta ha realizado un acto de voluntad con toda su complejidad y volumen (estudio, ponderación, deliberación, etc.), el momento preciso de él, que realiza la validación del proceso, es la elección.

Así el contrato matrimonial recibe su forma definitiva no del juego de los sentimientos y las tendencias que lo han preparado, por nobles, valiosas e importantes que sean, como lo son, sino del consentimiento libre de las partes formalmente y expresamente dado. Y es la determinación libre de la autoridad competente, clara y solemnemente promulgada, quien transforma la necesidad general de desarrollar el conocimiento y demás facultades humanas en un plan concreto de formación de enseñanza media y universitaria; o la genérica obligación moral de contribuir al bien común, en un sistema determinado de tributación anual, etc.

Esta última forma es necesaria. Mientras no se llegue a ella el procesamiento padece de una indeterminación que le hace inviable. El sentido práctico de la vida protesta.

La libertad, la facultad de inclinarse a uno u otro extremo de los presentados en la deliberación, con independencia de toda determinación interna, está por naturaleza exenta de toda clase de concausas materiales que la dominen y determinen a una opción concreta. Es improcesable y, por eso mismo, está capacitada para presidir todos los procesos.

XVI – 10 El procesamiento no enajena la vivencia, sino la humaniza.

¿Se escapa así de nuestras manos nuestra vida, nuestra triple vida: vegetativa, sensitiva y racional? ¿Hemos de renunciar como a un espejismo a la posesión de sí mismo inherente al momento vital e inmanente de nuestras vivencias? No puede ser que estemos abocados a renunciar al gozo de la autoposesión, que es el gozo en el que se asientan todos los demás, incluido el de la libertad. El primer postulado del plan de Dios sobre el hombre es que viva.

Tampoco se puede pensar que el procesamiento de esa vida es un defecto o enfermedad de ella. Fluye de la misma naturaleza de las operaciones vitales. No es una enfermedad, sino el sello de su humanismo. El procesamiento espacio-temporal de la vida es el tratamiento humano de la vida.

El hombre es un animal de esencias y no una fiera de existencias. Del hombre es contemplar las esencias, respetarlas para disfrutarlas, y estar dispuesto a aprender la lección cuando nuestro apresuramiento y deseo de dominio nos provocan un choque con ellas.

De fieras que no saben más que lanzarse contra el estímulo presente es negar la esencia de las cosas y convertirlas en pura existencia, puro y caótico haz de estímulos, para vivir entregado a la ilusión del dominio sobre el ser.

XVI – 11. Individualidad, forma y figura

Convertirse la vida en un proceso espacio-temporal es informarla de un principio de configuración y de individualidad. Por medio de ese procesamiento cada facultad, cada acto vital tiene su individualidad y su irreplicable forma y figura material. La geodesia junto con el reloj es ya capaz de individualizar todas y cada una de las gotas de agua de los océanos. Y para que la comparación, por exagerada, no nos cause mareo, pensemos, por ejemplo en localizar embarcaciones en vez de gotas de agua. No es que una embarcación determinada adquiera su esencia gracias a su adscripción a unas coordenadas espacio-temporales. La embarcación ya tenía su esencia desde que salió del astillero. Carecía, sin embargo, de un sistema de referencia global como la que ahora permite identificarla entre todas las del mundo ante una hipotética Comandancia de Marina Universal.

Tampoco pretendemos abonar un fichaje universal de toda la humanidad. Aunque tampoco está de más una llamada de alerta. Perseguimos sencillamente el explicar cómo el elemento material de nuestra vida ofrece asidero cómodo para convertir sus operaciones en acontecimientos que necesitan un espacio para desarrollarse y tardan en ello un determinado tiempo medible por el reloj. Y afirmamos también que gracias a esta conversión de la vida en acontecimientos espacio-temporales, gracias a este procesamiento de la vida, nuestras vivencias adquieren una identidad individual acomodada al conocimiento humano, identidad que nos permite referirnos a cada una de ellas, a cada vivencia, separándola de todas las demás. La materialidad de las cosas es concreta, y fácilmente se presenta entrelazada de una manera única con la materialidad de otras cosas. Las cosas también son ellas y sus circunstancias. Gracias al procesamiento de las vivencias, difícil será encontrar una acción humana que no esté entrelazada con una serie de circunstancias de una manera inconfundible.

La esencia misma de cada vivencia, en qué consiste la intelección o la volición de algo, cuál es el concreto valor y calibre de cada una de ellas, etc., es verdad que son cuestiones que pueden ser averiguadas, y con acierto, directamente, en el momento de su emergencia a partir del alma. Pero quizás la cercanía y la viveza con que entonces se presenta su inmanencia: su carácter de “criatura” mía, me impide tomar una saludable distancia y percibir sus limitaciones e inautenticidades. Por eso conviene contemplarlas también envueltas en sus procesos temporales cuando sin haber perdido todavía su viveza, han salido ya del ámbito de mi dominio

Hay que confesar, sin embargo, que no hay modo seguro de evitar la pasión de dominio. Si nos acercamos a la vivencia, ella misma nos pone delante de los ojos nuestro dominio sobre ella, invitándonos a desatar la pasión. Si nos alejamos, interponiendo la muralla del proceso, somos muy capaces de desoír el clamor con que nos dicen que están en sus propias manos, fuera de las nuestras; y así convertimos la misma tramoya espacio-temporal en símbolo de nuestro dominio.

Es verdad que puestos a buscar cuál de las dos alternativas es la más auténtica, nos inclinamos espontáneamente por la segunda, la de alejarnos de la vivencia interponiendo entre nosotros y ella la muralla del proceso. No obstante, los hechos nos desmienten. Porque mirando globalmente la actuación humana hay que reposar notablemente la atención para captar en uno mismo o en otros actos vitales puramente espirituales. Si se los quiere observar en vivo es necesaria una labor previa delicada de discernimiento y separación de muchos compromisos sentimentales que adulteran a nuestros más puros actos espirituales.

XVI – 12. El gran teatro.

Porque lo que espontáneamente se ofrece a nuestra vista es el espectáculo que los seres humanos nos montamos para dar expresión a nuestra vida, lo mismo sea espiritual que orgánica. Es un espectáculo digno del nombre que le puso aquel gran dramaturgo: El gran teatro del mundo. Entre el que necesitamos y el que por nuestra cuenta hacemos cuando queremos escapar de la sencillez de las auténticas acciones y reacciones del espíritu, el teatro que nos hemos montado para posibilitar y dar expresión a la vida de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu es descomunal, y acapara parcelas de espacio y de tiempo grandemente desproporcionadas con las necesidades reales. Sobre el despliegue de espacio y de tiempo, exigido por el acontecer vital, monta con mucho el que gratuitamente dispensamos para simbolizar la importancia que nos arrogamos al vernos dotados de la gozosa solidez que nos da ese mismo acontecer.

Podemos, pues, concluir que nuestra vida práctica de seres humanos puede, en todos sus niveles, ser reducida a las coordenadas de espacio y de tiempo, y que esta reducción -o procesamiento- humana y proporciona a cada una de las experiencias vitales una identidad individual irrepetible, fácilmente comprobable en el ámbito social.